

elementos de producción crítica  
narración

## *Billete sin vuelta* José Andrés Calvo



Llovía como después de una gran sequía. La ciudad parecía un fotograma de *Taxi driver* desde la ventana del autobús. Todo se diluía con el anodino trasiego del motor. No importa si tu ciudad es grande o pequeña, las calles se demoran cuando viajas en un trayecto de línea, aunque tarde o temprano llega el final de trayecto.

Viajé hasta la última parada y rehusé bajar a pesar del enfado del conductor, que accedió a regañadientes para que volviese a casa sin pagar el billete de vuelta. Le solté una milonga sobre mi pobre abuelita que estaba en el hospital y de mi congénita falta de orientación. Mi madre dice que se la debo a no sé qué abuelo lejano por parte de padre, por supuesto.

Mientras el conductor volvía al volante, me di cuenta de que ella, tan cotidiana, esperaba en la lluvia a que

la puerta del autobús se abriese. Subió y me miró de manera fugaz. Después fue como el cuento de Cortázar en el que dos desconocidos se enamoran mirándose en el reflejo de una ventanilla de metro, pero lo nuestro sólo era timidez y enajenación. Quizás, si me hubiese podido tomar un *martini*, para armarme de valor, como en aquel poema de Benedetti, alguna vez le habría preguntado su nombre.

Después de un par de manzanas, la desconocida tocó el timbre de parada y se levantó para bajar del autobús. Antes de desaparecer en la lluvia, ella, tan fantasmal, volvió a concederme su mirada. Me inundó una sensación de soledad mientras observaba un desagüe que no tragaba a causa del cieno acumulado. De nuevo llegué a la última parada y el conductor se enfureció, se mostraba implacable, para que bajase del autobús antes de aceptar que le estafase otro viaje.

Mientras el conductor refunfuñaba, eché un último vistazo desde la ventanilla. La ciudad parecía una frase escueta y tuve la ilusión de un mundo rutinario y pequeño en el que estaría a salvo de cualquier -otra- alteración. Bajé, como si desembarcase de un largo crucero, y me quedé mirando cómo el cartel de *Matrix* giraba la esquina del semáforo en la parte trasera del autobús. Sentía que yo nunca hubiese elegido despertar del sueño.

- ¡Maldita pastilla azul!...

Tras deambular un rato, aparecí reflejado -enfrente de mí- en el espejo roñoso de la lista de precios y especialidades, a la puerta de un café. Pasé a tomar un coñac y me senté enfrente de un ventanal en el que se podía leer: Café Estrella Roja. Durante el transcurso de la copa volví a ver a la desconocida en el

reflejo -del otro lado- de la gran ventana del Estrella Roja. Tomaba una *cocacola*light en compañía de otro tipo. Parecían disgustados y ella contenía sus lágrimas. El tipo apuró su copa y, después de cruzar unas palabras con ella, se dirigió a la barra; pagó y se marchó. La desconocida huyó del café con la palidez del mármol de las mesas. Sin pensarlo, apuré mi copa, y me fui sin pagar tras ella; pero había desaparecido en aquel desierto sin dejar huella. Cansado, acepté la derrota y volví a casa.

Ella seguía durmiendo, no se había tomado, estaba visto, la dichosa cápsula azul.

